Mujer y medio ambiente

Celia Cervantes Gutiérrez

A través del tiempo se ha hecho común hablar en dicotomías. Sin embargo, la que hoy nos reúne aquí: *Mujer y medio ambiente* constituye la oportunidad de trascender las palabras, otorgarles su peso específico como portadoras de significado, posibilitadoras del proceso comunicativo, donde el consenso e incluso el disenso son opciones extremas entre una diversidad de posturas.

¿Por qué hablar hoy de mujeres y medio ambiente? ¿Qué tipo de relaciones observamos en México, en Colima, entre el género femenino y el hábitat en que vivimos?

Por estas cuestiones encontré que el común denominador entre la mujer y el medio ambiente es la desvalorización histórica de las que ambos han sido y son objeto.

Sin importar si su rol es de madre/esposa/hermana/hija, la mujer en su vida cotidiana realiza tareas esenciales para el bienestar de la comunidad en que vive, del hogar y de los miembros de la familia; y en la vida económica del país como empleada contribuye al incremento de la productividad. Sin embargo, la sociedad patriarcal concibe a las mujeres como a un segundo ser, como a un sujeto-objeto, como a una persona menor de edad incapaz de tomar decisiones por su libre albedrío.

Al medio ambiente, por su parte, se le refiere como al santuario natural que constituye el hogar de todo ser viviente, que hay que cuidar, preservar y proteger. Sin embargo, y también en la vida cotidiana, acontece que producimos cada vez más desperdicios que en el pasado: plásticos, envases, botellas, pañales desechables y otros productos que después de un breve uso entran en el concepto genérico de basura que, por un lado, la mayoría de los ciudadanos no tratamos de reducir, separar ni reciclar, mientras que por el otro los gobiernos municipales amontonan en sitios que antes no fueron habilitados de acuerdo con los requerimientos ecológicos: son basureros a cielo abierto que incumplen las normas higiénicas establecidas.

Aun cuando es opinión común la urgencia de hacer un uso eficiente del agua para consumo humano, ello no se refleja en las estadísticas que la CIAPACOV y la CNA reportan sobre el vital líquido que se destina para uso doméstico: de 2 365 lps que se distribuyen, se pierden por fugas debido a desperfectos en la red de distribución 710 lps (¡el 30%!) y sólo 1 655 lps son aprovechados por los usuarios (aquí podríamos echar un breve vistazo a la manera cómo en cada uno de nuestros hogares se hace uso del agua y el tipo de prácticas gracias a las cuales el recurso simplemente *pasa* por nuestra casa sin pena ni gloria, cuando alrededor de 20 000 colimenses aún no cuentan con el servicio de agua entubada).

El mismo *Programa Nacional de Desarrollo 1995-200* (*PND*) reconoce que el agua y los residuos sólidos presentan una problemática particular. Aspectos tales como la morbilidad de la población por enfermedades infecciosas se relacionan con la calidad de vida y con la imposibilidad de contar con sistemas de tratamiento de aguas residuales y de manejo de los residuos sólidos. Existe un rezago importante en nuestras ciudades para dar un tratamiento satisfactorio a los desechos urbanos e industriales que se vierten en el aire, el agua o el suelo. En lo que toca al estado de Colima tenemos una situación similar, una vez que sólo reciben tratamiento 303 l/s de 2 695 l/s de aguas negras que se generan, y el resto, a través de ríos y cauces, llega al mar sin tratamiento alguno.

A nivel nacional, cada año se generan más de siete millones de toneladas de residuos industriales peligrosos; el uso inadecuado de los suelos ha ocasionado una disminución en la fertilidad del suelo hasta en 80% del territorio nacional. Por otro lado, 29 de las 37 regiones hidrológicas están califica-

das como contaminadas; en la actividad pesquera se presentan casos de sobreexplotación y se estima que 30 de cada 100 toneladas de basura no son recolectadas y se abandonan en baldíos y calles.[1] En el estado de Colima, por ejemplo, existe tres rellenos sanitarios y siete tiraderos a cielo abierto que captan 580 toneladas diarias de basura,[2] cantidad excesiva si tomamos en cuenta que el servicio de recolección existe sólo en algunos municipios y localidades. Asimismo, algunas cuencas como el río Armería, Coahuayana y la laguna de Cuyutlán están siendo contaminadas con aguas residuales, desechos sólidos e industriales. Y aún en pequeñas localidades apreciamos arroyos en donde se tiran animales muertos, colchones y la basura producto del aseo diario de las viviendas. Problemática aparte es la carencia del servicio de alcantarillado, por parte del 20% de la población estatal que representa a 78 860 habitantes, una vez que de las 948 localidades existentes en el estado, sólo 70 cuentan con drenaje, en seis de las cuales no funciona y en tres opera con una eficiencia menor al 50%, por lo que la construcción de sanitarios rurales y letrinas se plantea como una tarea prioritaria.[3]

Ante las crecientes tendencias de deterioro en la capacidad de renovación de nuestros recursos naturales y en la calidad del medio ambiente, el *PND 1995-200* contempla en su política ambiental frenar las tendencias de deterioro ecológico y sentar las bases para transitar a un desarrollo sustentable, que permita una mejor calidad de vida para todos, la superación de la pobreza y la consolidación de una economía que no degrade sus bases naturales de sustentación.

Y como suele suceder, *llueve sobre mojado*: pobreza y degradación del medio ambiente van unidos. De los 14 millones de mexicanos que viven en pobreza extrema una tercera parte se concentra en el sector rural e indígena. Paradójicamente, este grupo de la pobreza extrema se asienta en áreas ricas en recursos naturales por la diversidad de su medio ambiente, sobre el que han realizado una explotación intensiva, lo cual ha ocasionado la sobreexplotación de sus recursos, el deterioro y la destrucción de la naturaleza,[4] todo lo cual ha repercutido de manera directa en la calidad de vida de las presentes y futuras generaciones que están destinadas a sufrir las consecuencias de un modelo insustentable promovido por un sistema político y económico-productivo contrario a los principios fundamentales del universo: totalidad e interconexión, merced a los cuales *todo está conectado con todo lo demás*.

La pregunta sobre cuál es el equilibrio adecuado entre el crecimiento económico y demográfico, la calidad de vida y la protección al ambiente, adquiere pertinencia ante la situación actual, donde las mujeres conforman el grupo más pobre entre los pobres. Así lo confirma el *Informe de Desarrollo Humano 1997*, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD),[5] según el cual la pobreza acentúa las desigualdades que se dan contra la mujer en todas las sociedades por una cuestión de prejuicios, negándole la igualdad de oportunidades en su acceso a la educación, el empleo, la propiedad y la toma de decisiones.

Esto también se refleja en Colima, donde por ejemplo con relación a la atención de demanda escolarizada por género, en 1996 se atendió en el nivel preescolar a un 3.6% de los niños y a un 3.5% de niñas, mientras que el índice de analfabetismo en 1995 se colocó en 8.62%, con una diferencia intergenérica de 0.53 puntos porcentuales en favor del sexo masculino.[6]

Así también, la SSA reporta que en 1995 en la zona metropolitana de la ciudad de México, la desnutrición en niñas fue de 21.5%, resultando ligeramente mayor a la de los niños, siendo de 19.4%. Esto nos muestra que a temprana edad el problema es mayor en las mujeres, existiendo el riesgo de que estas niñas se conviertan en el futuro en madres que den a luz niños con bajo peso al nacer. En Suchitlán, localidad del municipio de Comala, Colima, la desnutrición infantil es del 13%, presumiblemente mayor también en las niñas.

Sin embargo, esta situación marginal de la mujer no es tal en el papel que juega en la vida cotidiana de las familias y las comunidades. En el primer ámbito, la investigación socioantropológica ha constatado un dato obvio: la mujer es básicamente quien desempeña el rol de esposa/madre, es la encargada de realizar la mayoría de las actividades del proceso salud/enfermedad/atención y la ausencia no sólo del padre, sino del varón en dicho proceso a nivel de la relación familia/grupo/comunidad.[7] Esto lo reconoce el *Programa Mujer, Salud y Desarrollo* de la UNESCO, que lamenta el interés del sector salud en las mujeres, no tanto por el afán de ayudar a que éstas vivan sus vidas mejor, sino porque como subgrupo poblacional son sinónimos de madres, que crían y velan por el bienestar de otros. Esto es lo que sin duda ha impulsado la participación comunitaria del género femenino, tal y como lo refiere Teresita de

Barbieri, quien ha encontrado los siguientes motivos de organización de las mujeres:

- Por malestares en lo privado relacionado con lo doméstico: agua, drenaje, luz, escuela, salud, etcétera.
- Como trabajadoras, por demandas laborales.
- Por propuestas de cambio en las relaciones de subordinación de las mujeres (violación, violencia).

Y efectivamente, en el trabajo comunitario que realizamos al interior de la Comisión Nacional del Agua, constatamos que las primeras en congregarse ante una convocatoria de saneamiento básico ambiental, de promoción de la salud, de capacitación laboral y educativa, son precisamente las mujeres. Y es que la experiencia implícita que sus labores cotidianas les otorga ha propiciado que en ellas esté presente el concepto de totalidad, interdependencia, cooperación y diversidad, principios de los sistemas ecológicos, en los que, como mencionábamos hace unos momentos: todo está conectado con todo lo demás. Por ende, la casa de cada mujer no termina ni se limita al espacio físico-geográfico, lo cual sucede a menudo con el género masculino, que delimita su espacio como sinónimo de poder y autoridad.

La familia, sobre todo la familia latina, extensa, es en cierto sentido un ecosistema que reproduce un tipo de modelo ecológico que puede funcionar mejor bajo los principios de apoyo, cooperación, compañerismo, diversidad, sustentabilidad e interdependencia.

Ramón Gallegos, un propulsor en el ámbito nacional de los nuevos paradigmas de la ciencia que deja atrás las teorías aristotélica y newtoniana, observa que en la mayor parte del mundo se está hablando de una necesidad de cambio en nuestras sociedades a través de una nueva educación, de un desarrollo sustentable para el planeta en su conjunto y de una transformación humana, que siendo lo suficientemente convencida en lo individual y colectiva en voluntades, trascienda transformando las estructuras sociales: instituciones, tipo de gobierno, políticas económicas neoliberales, contrarias a los sistemas ecológicos, que funcionan bajo los principios de apoyo, cooperación, compañerismo, sustentabilidad e interdependencia.

Theodore Roszak en su libro *La voz de la tierra* sostiene que un cambio de percepción sobre el mundo que vivimos es en beneficio de todos, pues en la medida en que reconozcamos la diversidad cultural y la necesidad de la sustentabilidad en nuestra sociedad es la alternativa viable para la sociedad próxima al siglo XXI.

La barrera más grande para lograr ver el mundo con nuevos ojos es, sin embargo, nuestra mente, que se basa en supuestos acerca de la naturaleza del mundo, de la naturaleza humana, del potencial humano y la manera cómo la gente aprende, en supuestos que no tendrán sentido por mucho tiempo, y que la *desiderátum* social, la sociedad patriarcal, se ha empeñado en poner límites muy estrechos a las capacidades del ser humano.

Hoy, más que vencernos y mostrarnos derrotistas, es fundamental preguntarnos por los nuevos horizontes y posibilidades de vida que nuestra generación puede empezar a configurar. Pero, ¿se puede transformar algo sin la capacidad de pensar en mundos posibles y sin esforzarnos por crear situaciones alternas? ¿Dónde inicia la oportunidad de cambiar la historia y dónde el producto inercial de lo que hemos sido?

¿Cómo construir nuevos horizontes y posibilidades de vida? ¿Es posible cambiar las relaciones de dominación por las relaciones de comunicación, es decir, por la creación de redes horizontales entre padres e hijos, entre patrones y empleados, entre gobernantes y gobernados, entre el hombre y la mujer? Y en un segundo momento, ¿es posible la autoorganización reflexiva (*autopoyesis*) de la sociedad?

Jean Piaget decía que podemos ver sólo aquello que antes hemos construido en nuestra mente. Esto en palabras de William Isaac Thomas significa que si los hombres definen ciertas situaciones como reales, ellas son reales en sus consecuencias, lo cual sugiere que las verdaderas limitaciones a cualquier cambio social radican en lo que colocamos en el umbral de lo posible o imposible, en lo deseable o indeseable, en lo prioritario o intranscendente.

Esforzarnos por crear *comunidades de sentido* mediante una educación que promueva el desarrollo humano, significa el tránsito hacia la conclusión del orden patriarcal que ha separado al hombre y a la mujer tanto en lo emotivo como en lo físico y social, así como en la forma en que hombres y mujeres debemos ser, y las funciones, quehaceres y aspiraciones que pueden abrigar los unos y las otras.

Y para construir una nueva sociedad debemos recibir y ofrecer una educación que forje un sistema social más justo, democrático y equitativo, cuyo propósito fundamental sea la promoción del desarrollo humano, mediante un aprendizaje que enriquezca y profundice

las relaciones personales y familiares, que impulse el sentimiento de la comunidad cercana y global que constituya su conexión con el planeta y el cosmos.

En este sentido, la educación de las mujeres sobresale como un factor estratégico: fomenta su afán de logro y de superación personal y aumenta su productividad. La inversión en educación y capacitación de la mujer repercute no sólo en su propio provecho, sino también en el de su familia, pues contribuye a romper el círculo de la transmisión intergeneracional de la pobreza, aumentando las posibilidades de que los hijos reciban un mejor cuidado, educación, salud y bienestar. La educación de las mujeres es el factor más estrechamente relacionado con una mortalidad baja y con una fecundidad reducida. (Cabe mencionar aquí un estudio reciente entre aspirantes a ingresar a la UNAM, donde se encontró que los y las estudiantes cuyas madres tuvieron acceso a la escuela obtuvieron los mejores promedios en los exámenes de ingreso.)

Graham Green dijo alguna vez que *ser humano es también un deber*. Se refería a que si bien nacemos humanos eso no basta: tenemos también que llegar a serlo. Recordemos que Píndaro, el gran poeta griego, recomendó enigmáticamente: Llega a ser el que eres.

Ciertamente, los humanos nacemos aparentemente demasiado pronto, sin cuajar del todo: somos como esos alimentos precocinados que para hacerse plenamente comestibles necesitan diez minutos en el horno de microondas. De igual manera, podría decirse que el niño pasa por dos gestaciones: la primera en el útero materno según determinismos biológicos, y la segunda en la matriz social en que se cría, sometido a variadísimas determinaciones simbólicas el lenguaje la primera de todas y a usos rituales y técnicos propios de su cultura. Y es que como sostiene Fernando Savater la posibilidad de ser humano sólo se realiza efectivamente por medio de los demás, es decir, de aquellos a los que el niño hará enseguida todo lo posible por parecerse.

¿Por qué hablar hoy de mujeres y medio ambiente? Porque constituye una oportunidad sin duda para hablar de los seres vivos el género femenino y la naturaleza toda más desvalorados hoy en día, a partir de los cuales podemos empezar a configurar el tipo de sociedad y las relaciones más viables para impulsar un desarrollo sostenible de la sociedad próxima al siglo XXI, pensando que el desarrollo sostenible implica unidad en la diversidad y respeto a toda forma de vida.

Por último, deseo compartir las líneas que un compañero de trabajo y buen amigo me hizo llegar cuando le comenté sobre el presente trabajo:

Mujer y medio ambiente
¡no son!

Ayudante útil, segundo ser,
mutis obligado, plena abnegación;
sirviente fiel, sumiso deber,
confortable vientre, objeto deseado;
eterno doliente, ausente placer,
tentadora serpiente, abrigo gratuito;
repudio constante, empleo sin haber.
ambos son:
un programa que busca construir,
un derecho que tiene cuerpo
e identidad...
¡La vida misma!

José Antonio Tapia♦

Notas

1 *Plan Nacional de Desarrollo 1995-2000*, publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 31 de mayo de 1995, pp. 90-92 y p. 64.

2 SSA-Dirección de Regulación Sanitaria. *Censo Estatal de Disposición de Residuos Sólidos*, 1995.

3 CNA. *Programa Estatal de Acción en Favor de la Infancia 1995-2000*, p. 146.

4 Carabias, Julia, *et al. Manejo de recursos naturales y pobreza rural*. FCE, México, 1994, p. 16.

5 Un informe de la ONU muestra la pobreza y las desigualdades en AL, artículo publicado en *Siglo XXI* el 12 de junio de 1997.

6 SEP. *Programa Estatal de Acción en Favor de la Infancia 1995-2000*, p. 101 y 129.

7 Menéndez, Eduardo. Grupo doméstico y proceso salud/enfermedad/atención. Del Teoricismo al movimiento continuo, en *Cuadernos Médico-Sociales 59*, 1992, pp. 3-17.